



Alejandra Tavolini

Licenciada en Bellas Artes

2001 Profesora Adscripta en la Cátedra de Pintura I, Fac. de Humanidades y Artes, UNR
2000/2001 Catalogación de obras Museo Municipal de Bellas Artes J. B. Castagnino

2000/2001 Clínica de Obra con Daniel García
1998/1999/2000 Clínica de Obra con Claudia del Río
1995/1996 Clínica de Obra con Carlos Meneguzzi


miércoles 17 de octubre de 2001
19:30 hs

EL PASAJE
espacio de arte

Corrientes 955 - 5to. Apto. 50-20 Terc. Pto. - 2da
Teléfono: 421.10.10 - 421.4890

RUMBO

/ars/comunicación



Alejandra Tavolini



arriba:
S/T
óleo sobre tela
objeto: técnica mixta
190 cm x 108 cm
año 2001

abajo:
S/T
óleo sobre tela
objeto: técnica mixta
111 cm x 146 cm
año 2001

Desentendidas de las utopías funcionalistas, las cosas suelen encontrar el momento adecuado para hacernos saber que existen más allá de nuestros diseños. Los acolchados, por ejemplo, parecen preferir los cambios de estaciones, esos días de clima vacilante en los que, de hecho, se nos hacen presentes: cuando aterridos, los buscamos a tientas para abrigarnos; cuando sofocados, los lanzamos con rabia fuera de las camas.

Una mirada atenta a las afinidades secretas entrevería, así, no sin asombro, quizás, que, en definitiva, entablamos con ellos una relación similar a la que mantenemos con nuestras respectivas familias: esa inevitable y constante oscilación entre una protección que se busca y un ahogo que se repele. Colchas como familias, familias como colchas: en esa inesperada red metafórica inscribe sus sentidos y sus enigmas- la obra de Alejandra Tavolini.

Como ciertas familias, con obsesividad, los acolchados de Tavolini delimitan espacios, repiten parámetros, construyen de alguna manera reticulaciones minuciosamente delineadas. Casi sin que nos demos cuenta, los clásicos motivos de sus telas -las rayas, las flores, los tréboles estilizados- configuran un ominoso pantano del que no sabemos si las novias, los niños, los púberes, escapan alguna vez (¿porque no pueden?, ¿porque no quieren?; sutil ambigüedad de esta obra: ese brazo de niña aferrado a un globo violeta, ¿lucha por impedir el vuelo?, ¿quiere dejarse llevar?): tal como sucede en algunos juegos de mesa -de manera diferente pero al mismo tiempo equivalente en cada una de las familias, en cada una de las colchas-, los rombos y los cuadrados que contienen esas rayas, esas flores, parecen haber ganado la partida -¿definitivamente?- sobre esos otros pocos que acogen a las melancólicas figuras humanas fijadas en sus poses por siempre, para su felicidad o para su desgracia.

Como ciertos acolchados, las familias que pinta Tavolini -más allá de la singularidad de sus historias y de sus recuerdos: brevemente, de sus álbumes fotográficos- se estructuran en la repetición de motivos. El mundo de la infancia y de la pubertad; el tiempo ocioso de las vacaciones; los días de la escuela; los ritos celebratorios familiares: los nacimientos, los cumpleaños, las reuniones. Y, sobre todo, los casamientos: las novias no dejan de circular por estas colchas, como el nudo central y enigmático en torno al cual se organiza, desde el pasado de las niñas y hacia el futuro de las madres y las abuelas, el inextricable entramado familiar, su temporalidad propia y peculiar.

Precisamente, es la búsqueda de una corporización plástica de esta temporalidad ritual de las familias -irreducible, por cierto, al tiempo cronológico- la que obliga al pasaje por el álbum de fotos familiares: ¿cómo pensar hoy esa temporalidad por fuera de las fotografías?, ¿es acaso posible?. Es en este sentido, sin dudas, que la propuesta de Tavolini -la transposición pictórica de las fotos de familia que configuran en cada colcha una historia al mismo tiempo singular y mítica -deviene coherente y sagaz. Ahora bien, si en el origen de estas colchas están las fotos de familia, si mucho de lo esencialmente fotográfico sigue operando en ellas (¿acaso su profunda melancolía no puede ser pensada como una expansión, como una explicitación de la que toda fotografía posee en latencia en lo más íntimo de sí?) es a través de la pintura, a través del gesto pictórico que las constituye, que logran articular sus sentidos más plenos y su belleza más singular. En esos rostros ciegos, por ejemplo, que eluden el reconocimiento familiar en aras de una fuerza arquetípica inusitada y que, al mismo tiempo, dotan con una expresividad singular a los cuerpos olvidados, a los gestos banales; en las sutiles variaciones tonales que, como las familias de estas colchas, juegan el juego de las repeticiones y las diferencias; en los grupos de cuerpos transtunados en ritmos; en las contaminaciones entre fondo y figura que nos hablan a su modo, nuevamente, de familias que nos abrigan como colchas y de colchas que, como familias, pueden, de repente, sofocarnos.